

Mujer en terraza

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Hay tardes blancas en la Ciudad de México. La luz es lechosa e ilumina la terraza. La mujer está sentada en el estrecho espacio al aire libre. Bebe café de una taza que acerca y aleja de su boca. Los ruidos externos se han pasmado, así le parece. Hay algo estático que provoca esa luz de set y se imagina detenida en un lienzo titulado: *Mujer en terraza* o *La tarde* o *Bebiendo café*—no, los gerundios no son buenos para los títulos—, *Mujer con taza*, *Terraza con mujer*, *Taza con terraza*. Con los ruidos fugados, se han ido preocupaciones, pendientes, deudas. La única demarcación son los bordes del lienzo donde está ella en suéter rojo, con el pelo marrón, la mano que va y viene y los ojos achicados por la impertinencia de la resolana. Entonces se forma una burbuja sobre su cabeza del lado derecho. Como en las historietas, una masa gelatinosa y transparente está suspendida y ella no tiene que voltear a verla, es su pensamiento, y atrapado en el centro del globo está aquel carro rojo con cuatro llantas y un mango para jalarlo que tuvo de niña. Recuerda la palabra para nombrarlo en inglés: *wagon*. Era el mismo de los libros para aprender inglés: Dick y Jane lo usaban para llevar al perro Spot. Ella en cambio lo usaba para apelonar a los muñecos de peluche y una que otra muñeca de plástico frío y deslavado, aunque a ellas las vestía antes de darles el paseo. No entendía por qué pero simplemente jalar el carro le daba felicidad. ¿Cómo se dirá *wagon* en español? Vagón. Pero aquello no era un vagón, era más parecido a un carro de baleros de los que se usan para cargar algo o para arrojarlo calle abajo. Este parecía un artefacto de rancho o de jardín; como para llevar comida a los caballos. Un vehículo agrícola en miniatura. ¿Y por qué pensaba en el carro rojo de la infancia? No había vuelto a pensar en él y allí estaba como estampa para aprender vocabulario, relumbrante en su pintura metálica. Comprendió que el pintor no podía ser un impresionista a lo Bonnard o Vuillard y que el aspecto que ahora tenía con aquel pensamiento gráficamente flotándole al lado era más propio de un Warhol o Lichtenstein, o cualquier pintor de estos tiempos, pero ojo, ella no parecía una mujer de este tiempo, o no poseía algo que declarara su afiliación al siglo XXI. Ni siquiera llevaba un

swatch o una perforación en la nariz, sino un reloj con correa de piel y unas arracadas en las orejas. Ella también servía para aprender vocabulario. Woman, mujer, femme. Suéter, jersey, sweater; rouge, rojo, red. Cup, taza, tasse. Terrace, terraza, terrace. Convertida en lección supuso que de algo se trataba aquello que ocurría, que había una revelación en esa aparición del *red wagon* en la tarde lechosa de la ciudad. Que el pintor algo pretendía con esa asociación colorada entre el suéter y el objeto de pensamiento, o tal vez era simplemente un equilibrio de tonos para que el cuadro llevara por título *Mujer en rojo*. La estampa del carro detenida sobre su cabeza la había alegrado como si pedazos de ella misma se hubieran ido de paseo en aquel vehículo—que giraba muy bonito—y yacieran desperdigados por las calles y las casas y las oficinas y las aulas y los consultorios y los bancos y los baños y los aeropuertos por donde había transitado. *Mujer con carro rojo*. El nombre era más preciso. El carro rojo le había hecho recordar su existencia, se asombró del resurgimiento de un objeto 40 años después. Y sintió alivio. Una certeza de que había un cementerio para los tiempos idos. Que el tiempo de la memoria sólo era posible vivirlo en función de objetos concretos, de imágenes, de canciones. Y que aunque a algunos era posible convocarlos en discos y fotos, nadie podía atesorar una galería de tiempos idos. Pero aquel pensamiento envuelto en gel, aquel carro rojo, era una evidencia de esa pregunta que la atormentaba: dónde se iba el tiempo. Resultaba que había un cementerio de objetos de su historia personal. Y que no era necesario ni aconsejable que el cementerio se apersonara de golpe, que pudiera recorrerlo todo en una tarde de terraza con luz lechosa. Bastaba con poner flores de cuando en cuando a algunos de los objetos—tiempo para saber que tenían (tenía) un destino, un espacio. *Mujer con tiempo*, pensó y le gustó. •

MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México, 1955. Escritora y periodista.
Ha publicado *Café cortado* (Plaza & Janés)
y *Despertar los apetitos* (Alfaguara), entre otros libros.